

2019-07-01

Poder y gobernanza en la universidad católica. Una lectura teológica

Ignacio Madera Vargas, SDS

Universitaria Agustiniiana, Bogotá, ignacioamadera@gmail.com

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Madera Vargas, SDS, I. (2019). Poder y gobernanza en la universidad católica. Una lectura teológica. *Revista de la Universidad de La Salle*, (81), 35-58.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.



Poder y gobernanza en la universidad católica.

Una lectura teológica

Ignacio Madera Vargas, SDS*

■ Resumen

En contraste con todas las propuestas de gobernanza universitaria que buscan adecuarla a las normas estatales y al dominio del mercado, la perspectiva teológica se centra en la propuesta de Jesús con relación al servicio y al servicio minoritario. Esta visión, asumida en la práctica institucional, conlleva una vivencia de la igualdad en la diversidad que guía hacia la real construcción de una auténtica comunidad universitaria, en la cual el sentido del Reino y el de la condición de imágenes de Dios, creados creadores, se articulen como el eje transversal de una comprensión y vivencia de la gobernanza en la universidad católica contemporánea.

Palabras clave: poder, servicio, Reino, unidad, diversidad.

* Religioso y presbítero de la Sociedad del Divino Salvador (Salvatorianos). Doctor en Teología y Ciencias de la Religión de la Universidad Católica de Lovaina (Bélgica), magíster y licenciado en Teología de la Pontificia Universidad Javeriana (Bogotá, D. C.), y licenciado en Filosofía y Letras de esta institución. Expresidente de la Confederación Latinoamericana de Religiosos (CLAR) y miembro del Equipo de Reflexión Teológica de la Conferencia de Religiosos de Colombia (CRC). Docente e investigador de la Universitaria Agustiniiana (Bogotá, D. C.). Correo electrónico: ignacioamadera@gmail.com

Introducción

Es imposible soslayar la pregunta acerca de lo que puede aportar la teología a una reflexión frente a la gobernanza en la universidad católica. Tal parece que en el común de los mortales y, con más claridad, en las mentes cultivadas la teología se remite a la elucubración sobre los dogmas y a las recomendaciones piadosas sin posibilidades de incidencia en los asuntos estructurales del desorden de humanidad que ha generado el capitalismo financiero dominante en los últimos tiempos.

En los países latinoamericanos, la universidad católica —con textos muy sugestivos que abordan su visión y misión, los cuales hablan, incluso, de su preferencia por los pobres y marginados de las sociedades— se encuentra cercada por las políticas de los Estados y la competencia mercantil que frena e invalida en las prácticas cotidianas la buena voluntad de esas propuestas y comprensiones de la visión y misión. Así, en el juego del mercado universitario de la región cuenta una competencia por aumentar la clientela y reducir los gastos, en la evidente búsqueda de un buen posicionamiento en el arco educativo de las sociedades.

De igual manera, el afán por ascender en las clasificaciones internacionales hace que las inversiones sean cada día más urgentes y que las políticas o decisiones superen la buena voluntad del sentido y de la misión de instituciones que, en sus orígenes y procesos de desarrollo, se suponen inspiradas en una comprensión cristiana de la vida, y de la vida en sociedad.

En este contexto, se suscita una sospecha con relación a que unas son las teorías plasmadas en los textos y otras las realidades de control de ingresos, proyectos de construcciones inteligentes e incremento de imagen que señalen el poder de ser lo que los *rankings* internacionales o nacionales requieren de la universidad contemporánea. Estas exigencias no solo se dirigen a la docencia, la investigación y los servicios, sino también a las infraestructuras, los campus y la red de servicios colaterales que se ha vuelto parte constitutiva del andamiaje universitario: campos deportivos, gimnasios, teatros, zonas bancarias, restaurantes, cafeterías, hoteles, servicios de transporte, laboratorios,

hospitales, bibliotecas, tecnologías computacionales y otras demandas propias de la actividad académica.

Ante esta encrucijada actual, nace la interrogante por aquello que, desde la fe, se puede aportar a la gobernanza universitaria, con una reflexión que recurra a la santa Escritura y a la teología contemporánea como contribución a una búsqueda que, de modo necesario, debe preocupar a la universidad católica, si quiere mantener su identidad de cristiana en la realidad, no solo en lo escrito (Juan Pablo II, 1990).

Algunos presupuestos teológicos

¿Desde dónde pensamos en el sentido de la gobernanza universitaria con perspectiva teológica? De tantos aspectos que se pueden señalar, me remito a dos criterios fundamentales establecidos por uno de los más grandes teólogos que le ha dado el continente a la Iglesia universal: el peruano Gustavo Gutiérrez. Él plantea que la teología se cimienta en dos pilares: la primacía de la praxis y la opción por los pobres; a partir de allí, esta hace una lectura de la realidad histórica a la luz de la palabra revelada y la tradición, punto de vista señalado en el Concilio Vaticano II (1964, 23) para referirse al sentido mayor de la teología en la Iglesia.

Por esto, las prácticas del gobierno en la universidad cristiana y católica están llamadas a recibir la orientación y regulación de la revelación, en particular, de la revelación dada en Jesús de Nazaret, el confesado a la luz de la resurrección como Señor y Cristo. Entonces, sobre la base de la propuesta de Jesús de Nazaret, tal cual nos lo presentan los evangelios, estamos llamados a comprender el sentido del poder y de la autoridad en cualquier acción que se realice en la historia, en función de la comunidad humana. Esto se ve con la práctica de Jesús y su relación con Dios, a quien llamó Padre y su Padre.

El segundo criterio es la opción por los pobres; los pobres entendidos desde lo social, aunque hay formas analógicas de hablar de la pobreza de espíritu en gremios o personas que no son pobres en lo sociológico. Ellos son los que carecen

de posibilidades de alimentarse, los que no poseen lo que el papa Francisco (2016) ha denominado las tres T: techo, tierra, trabajo; amén de oportunidades de educar a sus hijos, recrearse y tener una vida digna. Esta realidad tan cruda en los países latinoamericanos y caribeños debe constituir, en principio, la razón de ser y la búsqueda apasionada de la universidad católica. Por esta razón, hasta el Sínodo Amazónico llamó a las universidades a comprometerse a rechazar la situación de expoliación y destrucción de los ecosistemas, y a favorecer la defensa de los habitantes de la Amazonía, en especial de los indígenas; asimismo, propuso la constitución de una Universidad Católica Amazónica (Asamblea Especial del Sínodo de los Obispos para la región Panamazónica, 2019, 114).

En consecuencia, los presupuestos teológicos para la comprensión de la búsqueda de una orientación de las políticas de gobierno universitario señalan hacia las prácticas establecidas en los actuales sistemas normatizados por los Estados y por el juego del mercado, y las opciones de fondo que enfocan la superación de las estructuras de pecado¹ desde esa preferencia por los marginados y excluidos de la sociedad. El documento de la Conferencia General del Consejo Episcopal Latinoamericano de Puebla (México, 1979, 31-39) y el de Aparecida (Brasil, 2007, 65) ampliaron el abanico de lo que, de manera metafórica, el de Medellín (Colombia, 1968, Parte II, 1) indicó como los rostros que claman esperando una liberación que parece no venir de ninguna parte. Así, las próximas consideraciones solo tienen dos objetivos: leer la realidad desde una perspectiva consecuente con lo dicho y señalar hacia dónde, con una visión teológica, se orientan los sentidos de la gobernanza cristiana.

Desde la acción del Espíritu

Vivimos un tiempo de confusión y caos. Muchos de los criterios y valores que guiaron la sociedad tradicional y sostuvieron las búsquedas de la modernidad se fueron al suelo. La relativización y la rapidez contemporáneas conllevan situaciones que suman en la perplejidad; al mismo tiempo, las reacciones y acciones

1 Así se denominan en el documento de Medellín las estructuras de pobreza y que consolidan la injusticia.

de los Estados y sociedades, nuevas modas e ideologías señalan con claridad que estamos en un cambio de época (Consejo Episcopal Latinoamericano de Puebla, 1979, 31-35).

Ante esto, hoy, como desde la creación de la humanidad, el Espíritu sigue actuando en la naturaleza e historia y provocando la renovación de todas las cosas, dado que es el principio regulador del caos. El libro del Génesis recuerda esta dimensión del *Ruah Yavé* cuando dice: “en el principio todo era caos y tinieblas cubrían la superficie del abismo, pero el Espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas. Y dijo Dios [...]” (Gen 1, 1 ss). Esta palabra del Espíritu es la que, al pronunciarse, crea, va realizando la construcción del orden, como acto creador primordial.

No se puede negar que en los últimos tiempos hemos vivido un cierto caos en la conciencia, que no solo es la provocación de unos medios de comunicación que responden a intereses de grupos económicos dominantes en el país, y el descrédito de las manifestaciones de descontento y hastío de grandes masas de población de todos los estratos, fenómenos que han minado la credibilidad de esta nueva conciencia y, por consiguiente, piden una regulación creadora. En consecuencia, los asuntos álgidos han girado en torno a una clase dominante incapaz de autorregularse en función de intereses distintos al propio poder sin controles y de mantenerlo sin alterarse.

Así, el Espíritu actúa para seguir indicando que, en cristiano, el único poder que existe es el de servir y que todas las maneras de posicionamiento en puestos o sitials, que nunca se dejan o quieren dejar —con líderes que no solo no preparan generaciones de relevo, sino que no conciben que otras personas representan alternativas—, señalan una pérdida del sentido del servicio como constitutivo de una gobernanza orientada por el Espíritu. La clara conciencia de la temporalidad de estas responsabilidades para volver, con tranquilidad y libertad, a no tener ninguna, revela madurez en el Espíritu y una sana búsqueda de ser lo que debemos ser.

Una situación de caos no significa el acabose de todo, pero sí la urgencia del desarrollo del principio regulador, que debe ser una espiritualidad profunda, internalizada, seria y capaz de reconocer, rectificar, tomar nuevos senderos de conversión u otras opciones de vida, cuando la propia realidad se desborda por los requerimientos de unas responsabilidades que suponen la presencia de hombres y mujeres apasionados por una confesión de fe para la cual primero está responder por el dolor de los rostros sufrientes de Cristo, el Señor, en todas las víctimas de hoy.

Desde Jesús de Nazaret

La mayor crítica de Jesús a la autoridad en las Escrituras santas es llamarle servicio al poder. Los cristianos de este continente estamos convocados a mirar con honradez la vida, con el fin de aprovechar las responsabilidades de gobierno que podamos tener y continuar en la búsqueda de una práctica más cercana a la intención de Jesús para con sus seguidores.

En su paso por la historia humana, Jesús de Nazaret, el Mesías, el hijo del hombre, el Hijo de Dios y Dios, la tercera persona de la Santa Trinidad, fue un actor sociorreligioso. Entró en relación e hizo referencia a las personas y los grupos sociales y religiosos de su tiempo: los fariseos, los saduceos, los escribas, los sacerdotes, los levitas, Herodes, Pilatos, el Sanedrín, los maestros de la ley y el templo, con toda la parafernalia mercantil que significaba el comercio a su alrededor en función de los sacrificios rituales exigidos por la ley. Los evangelistas nos lo presentan en una franca toma de postura ante estos grupos o roles, refiriéndose a ellos de modo profético y evitando la tentación del poder y la violencia (González Ruiz, 1983). Esto nunca significó silencio o contemporalización con ninguna realidad que negara la preferencia del Reino por los pobres y que a ellos se les anunciara con prioridad la buena noticia de este (Mt 2, 11).

En este contexto, el gran escrito que, a mi manera de ver, regula el criterio cristiano de la gobernanza es: “los jefes de las naciones las oprimen. No ha de ser así entre vosotros, sino que el que quiera llegar a ser grande entre vosotros que sea vuestro servidor” (Mc 10, 43). A este texto se agregan dos: “entonces,

se sentó, llamó a los doce y les dijo: si uno quiere ser el primero, sea el último de todos y el servidor de todos" (Mc 9, 35); "el mayor entre vosotros será vuestro servidor" (Mt 23, 11). Estos textos señalan una exclusión y una decisión: la exclusión de toda opresión y la decisión de ser un servidor minoritario.

Desde esta perspectiva, el poder es el poder de servir, de servir minoritariamente, no de oprimir ni de sentirse por encima de nadie. Así, la diversidad de funciones y el cargo directivo no se pueden considerar una jerarquía de supremacía sobre nadie, sino niveles diversos de responsabilidad. La responsabilidad de un decano ante la Universidad no es idéntica a la de la señora que sirve los tintos, pero ambos tienen una igualdad fundamental de ser servidores en la institución.

Es evidente que en el contexto de la mentalidad jerarquizada de dominación que permea la conciencia colectiva de hoy parece imposible pensar en esos términos, pero no se puede afirmar nada distinto si de una perspectiva cristiana se trata: es necesario recordar que la mayor crítica de Jesús a la autoridad, en la perspectiva de los textos citados, es llamarle servicio al poder y el único poder del cristiano para ser primero es convertirse en servidor.

Sin embargo, es importante señalar que el sentido mayor de esta comprensión del poder como servicio se funda en la relación de Jesús con el Padre. Él y el Padre son uno; si el Padre es Padre, entonces, todos los seres humanos somos hijos en el Hijo; si lo somos, entre los hijos el preferido del Padre es el marginado, el excluido, el señalado, el que por su condición es expulsado del círculo de los buenos. Un Padre que espera el regreso del hijo que se pierde y hace fiesta cuando, consciente de lo que ha significado alejarse, regresa reconociendo que ha pecado contra el cielo y contra Él (Lc 15, 11-32). En este sentido adquiere fuerza y carga significativa singular la expresión evangélica: "si alguno me sirve, que me siga, y donde yo esté, allí estará también mi servidor. Si alguno me sirve, el Padre le honrará" (Jn 12, 26).

Por ello, desde la perspectiva de la gobernanza, lo importante es tener autoridad más que poder. Esta consiste en la profunda coincidencia consigo mismo, entre lo que se dice o afirma y lo que se hace en la vida cotidiana, entre la

visión y misión de la institución y las órdenes, las políticas que se establecen y las decisiones. Con este punto de vista, no se puede eludir que la opción cristiana se encuentra en ruptura con los criterios de un capitalismo neoliberal y voraz que estrangula la vida de las mayorías con salarios de miseria mientras la banca, las grandes empresas multinacionales y los gremios económicos de los países amasan millonarias ganancias por la explotación del trabajo campesino, obrero y profesional.

La autoridad va por una relativización de la manera como el capitalismo financiero articula los procesos de control de las economías de los pueblos del sur, imponiendo normas y lesionando su autonomía, el destino que elijan de modo libre y democrático. Es así como cobran sentido los procesos de formación de economistas y profesionales de las finanzas que generen propuestas alternativas para enfrentar el asunto mayor de las explosivas estadísticas que muestran el aumento sin control de la pobreza en el mundo y, particularmente, en el continente latinoamericano (Stiglitz, 2012).

Entonces, la autoridad del gobernante está en la búsqueda apasionada de hacer realidad en las prácticas cotidianas del ejercicio de la administración universitaria los valores, principios y criterios establecidos en la visión, la misión, las estrategias y las políticas. El directivo, el docente y el prestador de servicios tienen autoridad y se consolidan como quienes la poseen, no como los burócratas y despiadados expertos en la acumulación de ganancias que invierten en edificaciones suntuosas o terrenos, lo cual muestra un total rechazo en la práctica de las propuestas de la Doctrina Social de la Iglesia con relación a la ganancia y solidaridad para con el trabajador (Pontificio Consejo "Justicia y Paz", 2004, 202).

Pero afectados por realidades contrarias

Las ansias de poder penetran por los resquicios y rendijas de las puertas y ventanas de la vida de las instituciones de la Iglesia. Mantenerse atento para estar en el mundo sin ser contaminado por estas es una de las grandes alternativas cuando se habla del poder como una capacidad o posibilidad de dominación, control, manejo, utilización, de lograr que se haga lo que se quiere, como se quiere.

Los poderosos siempre buscan quedarse en el poder a partir de la debilidad del menos fuerte. Parece que las relaciones de fuerza dominan de tal manera que se llega a la violencia. Ellos se sienten omnipotentes: no admiten la competencia de iguales ni la sana emulación de muchos; desean disfrutar de la soledad del “poder de poder” sin trabas o mediaciones³.

Entre luces y sombras, como testigo de los valores propios de la vida de fe en Jesús, la universidad católica pretende realizar la llamada evangélica de seguir a Jesús desde el servicio minoritario y sin condiciones a los hermanos con quienes se comparte la investigación, la docencia y los servicios, en una fraternidad carismática que asume la diversidad en la igualdad; así, se realiza la dimensión ministerial de la misión académica. La comunidad académica, como seguidora de Jesús, está llamada a un solo poder: servir minoritariamente, a imagen de aquel que les lavó los pies a sus discípulos en un gesto mayor de minoridad y humildad sin límites (Jn 13, 1-20).

En la confesión de fe cristiana, lo primero que se necesita es buscar ser antes que poder hacer. La tentación del poder nos anula en la precipitación del hacer para no reflexionar sobre lo que, a través del activismo de funcionarios con poderes, dejamos de lado como dinamismo evangélico del ser, para poder hacer con sentido. Una persona puede tener el poder de hacer muchas cosas en su campo de docencia o administración, pero, si no es testigo de la vida evangélica que irradia su ser de creyente, sus acciones se asemejarán a las de los jefes de las naciones. Ser el servidor, el menor, nos ubica en una mentalidad con la cual nos vamos deshaciendo de toda tentación de dominación, de todo deseo de reconocimiento por los puestos y prebendas; nos ubica en el sentido mayor del actuar gratuito, del gusto fascinante de ser servidores minoritarios.

Invitados a una nueva mística en la comprensión del servicio como una alternativa mayor de las relaciones entre hermanos y como una presencia significativa de lo que somos en este tiempo, podemos ser profetas desde la academia ante

2 La ponencia *Nuevos mesianismos en América Latina* aborda esta problemática de perpetuación de líderes en los gobiernos latinoamericanos (Madera Vargas, 2010).

toda forma de dominación como poder y tener la capacidad de ser últimos a los ojos del poder para ser primeros por el servicio. Al buscar ser servidores, renunciamos a toda pretensión de poder-dominación; sentimos la grandeza de ir siendo realmente de aquellos que son honrados por el Padre, porque han crucificado sus deseos de dominación-poder para ser felices proclamadores de la simplicidad y del servicio a través de la vida cotidiana.

Gobernanza y comunidad

La autoridad es un hecho de relación: no existe en sí misma, sino porque alguien vive de tal manera que su autoridad se funda en la profunda coincidencia consigo mismo; este es el sentido de la autoridad de Jesús. Por ello, quien tiene autoridad influye sobre otros, en sus comportamientos, opiniones, acciones, maneras de ser.

La capacidad de impactar en el otro, de suscitar en él preguntas y alternativas para vivir revela el influjo de la autoridad; no obstante, es necesario tener presente que toda persona con autoridad provoca una reacción en los demás: de aceptación o rechazo. Así, la autoridad es ineludible. Como no es lo mismo tener poder que autoridad, en las instituciones algunos poseen el primero, pero no la segunda. Y esto se entiende en el contexto de todo lo dicho. Por ello, un servicio de autoridad desde una institución que se precie de ser cristiana y católica debe realizar en la cotidianidad de las relaciones entre las personas que la conforman algunas transiciones:

- De la capacidad de mando a la de escucha.
- De la firmeza para las decisiones a la búsqueda de la comprensión de lo que pasa en el otro.
- De la intransigencia a la magnanimidad.
- De la impasibilidad a la sensibilidad ante el dolor de los demás.

Entonces, es indispensable un desplazamiento hacia la primacía de la creación de un clima institucional que articule una comunidad de servicios, estimulada por la formación de personas que se asuman en sus diversos carismas para

la unidad del cuerpo total. Un desplazamiento hacia la animación en el logro de los objetivos comunes, en los grandes valores de la visión y políticas de la universidad. Esto hará que las personas no se sientan solo empleados o funcionarios que se ganan la vida con un salario, sino que se conciban como parte de la misión de generar profesionales al servicio de una búsqueda común. Con esto, se construirá un sentido comunitario de la misión y tendrá valor hablar de comunidad universitaria.

De esta manera, las personas con autoridad son las que tienen carisma para ser directivos, no las que poseen don de mando. Si a la autoridad se le une una cierta capacidad administrativa y organizativa, se tiene el ejecutivo ideal. El problema está en que en no pocas ocasiones estas dos cualidades no vienen juntas. En este sentido, debemos retener con claridad que la autoridad evangélica es la condición primera para una comunidad académica.

Es necesario que el directivo, el docente y el funcionario de servicios tengan capacidad de decisión, convicciones profundas y autoconfianza; sin embargo, la impaciencia ante las limitaciones de los demás, el rechazo de las resistencias, es decir, de quienes no comparten sus modos de pensar o decidir y el deseo inconsciente de venganza que llega oprimir a los hermanos hacen que la pasión por el poder dé un viraje patológico.

La gran patología en la relación de autoridad es la autocracia. El autócrata ama el poder por el poder, lo disputa, es incapaz de soportar la crítica, por ello, aniquila la oposición sin escrúpulos: desacredita una búsqueda novedosa, ignora un servicio valioso, hace comentarios de doble sentido que levantan sospechas sobre las personas, inventa historias, usa la ironía, la sátira, la calumnia, la difamación. Así, el dicho “el fin justifica los medios” se hace realidad en sus prácticas.

Por lo expuesto, el autócrata acusa con facilidad a los otros, provoca complots en su contra, sobre todo si siente que alguien se constituye en una amenaza para mantenerse en el poder. Además, disfruta el culto a la personalidad y hace reinar el terror: humilla, sanciona, amenaza, pone a unas personas en contra de otras; siempre se glorifica. No tiene que ser un orangután o una elefanta,

puede ser una frágil pajarita o un dulce gatito de señora distinguida. La personalidad autócrata se caracteriza por:

- Rigidez: se niega a la flexibilidad, la comprensión y la fe en la capacidad de evolución de los otros; es incapaz de cambiar de opinión.
- Intolerancia: ante la ambigüedad o incertidumbre, se opone a la búsqueda de lo nuevo, niega su propia ignorancia y dice saberlo todo acerca de lo que proponen los demás. Siente terror ante la puesta en jaque de sus afirmaciones.
- Incapacidad de percibir con justicia al otro: se proyecta en los demás y los cree incapaces de aceptar sugerencias. Los acusa de rígidos e impermeables. Le es difícil hacer una evaluación serena de la personalidad de sus colegas y desarrolla fuertes sentimientos de envidia con visos enfermizos.

Hacia unas relaciones sanas

La relación de autoridad es lo contrario a la arbitrariedad. Por otra parte, la relación en perspectiva evangélica es una superación de muchas formas de autocracia que han hecho carrera en las instituciones contemporáneas. En consecuencia, mientras más autoridad posee un dirigente, menos necesidad tiene de usar medios materiales de presión para hacerse obedecer.

El vínculo de autoridad supone que esta se reconoce y acepta, que todos asumen un servicio para el crecimiento y la organización de la vida cotidiana en función de la consolidación de una comunión de servicio a la cultura y la ciencia. Así, no hay autoridad sin reconocimiento y aceptación. La autoridad es el “poder” de obtener, sin represión física y sin fuerza, ciertos comportamientos de las personas con quienes vivimos.

Lo que genera autoridad es la aceptación de las propuestas; por esto, si se excluyen las relaciones de fuerza, se instauran dinámicas de confianza. Sin confianza, el poder no es más que opresión. Las teologías latinoamericanas han pagado el precio de su libertad, como el Maestro, para declarar con veracidad que toda modalidad de opresión implica corporificar las estructuras pecaminosas,

las cuales son contrarias a la predicación de Jesús, el Señor, y forman fetiches que destruyen la vida del pueblo oprimido, como lo denunciaron los obispos en Medellín: “al hablar de una situación de injusticia nos referimos a aquellas realidades que expresan una situación de pecado; esto no significa desconocer que, a veces, la miseria en nuestros países puede tener causas naturales difíciles de superar” (Consejo Episcopal Latinoamericano, 1968, Parte II, 1).

Respondiendo a grandes desafíos de hoy

La universidad católica enfrenta la urgencia de tomar postura y dar respuestas a grandes desafíos del momento que señalan hacia la verdad de su condición de cristiana y católica. No hay que camuflar su identidad porque, al ser católica, es universal y está abierta a la pluralidad de pensamiento y prácticas; pero, por esa misma identidad, es clara en las opciones que se le exigen desde la confesionalidad cristiana.

El primer desafío que deben superar las estructuras de gobierno y orientación es la crisis ética. Vivimos una profunda crisis con repercusiones directas sobre el empobrecimiento y la exclusión. Los desfalcos de sumas desorbitantes a los erarios del Estado, en este país y el resto del continente, evidencian, una vez más, que los jefes de las naciones las oprimen. Los sistemas de contratación violentan las mínimas normas de honestidad y se ha vuelto natural el robo de lo público. La teología debe pronunciar una palabra en este momento y esta tiene que ver con la afirmación de Miranda en el prólogo de su obra *El ser y el Mesías* (1973):

ninguna autoridad puede hacer que todo esté permitido, la justicia y la explotación no son tan indiscernibles como eso, y Cristo murió para que se sepa que no todo está permitido. Pero no cualquier Cristo. El que resulta irrecuperable para el acomodo y el oportunismo es el Jesús histórico. (p. 10)

Esto porque, desde Jesús histórico, el comportamiento humano no puede quedar al arbitrio de las fuerzas del sistema: es funcional a la instauración del Reino, por eso, el tiempo se ha cumplido y el hacha está puesta en el sitio

adecuado. La llegada del Reino exige actitudes concretas de cambio de comportamientos: “el que tenga una túnica que la reparta” (Lc 3, 1-15); “no se puede servir a Dios y al dinero” (Mt 6, 24); “la viva percepción de los obstáculos que impiden el desarrollo de la libertad y que ofenden la dignidad humana es el origen de las grandes aspiraciones a la liberación que atormentan al mundo actual” (Congregación para la Doctrina de la Fe, 1986, 1).

La relativización de los valores a partir de la crisis de los grandes relatos y los principios absolutos ha conllevado un descontrol en los comportamientos que respeten los mínimos³ para la convivencia y el respeto a lo ajeno, perfilándose una liquidez en todo y para todo (Bauman, 2007). La mentalidad del narcotraficante, que pone su maldad en función del logro de sus objetivos de poder y dominio económico, parece permear la conciencia de dirigentes y gobernantes colombianos, latinoamericanos y caribeños, y proyectarse con todo su potencial de fatídica criminalidad sobre los sectores populares.

La moral fundada en el seguimiento de Jesús como búsqueda de implantación del Reino no es, en mi visión de la realidad, una ética de mínimos, sino una moral de máximos (Madera, 2005) con exigencias urgentes e impostergables, de fijar la mirada en el caído a la vera del camino, porque la misericordia se alimenta de la justicia y la paz se construye a partir de la consolidación de acciones de búsqueda del Reino de Dios y su justicia para que lo demás venga por añadidura. El evangelista Mateo pone en labios de Jesús: “yo se los digo, si no se proponen algo más perfecto que lo de los fariseos, o de los maestros de la ley, ustedes no pueden entrar en el Reino de los Cielos” (Mt 5, 20).

En esta moral, el comportamiento se soporta en la fascinación por la presenciarización y actualización de valores que vienen de una utopía: el Reino, y la finalidad de la búsqueda trasciende lo factual y temporal para lanzarnos a la realización plena de una cristificación de la historia y el cosmos por hacer de nuestros pueblos una casa habitable, en donde los seguidores de Jesucristo

3 Algunos autores, como Cortina (1998), han desarrollado la propuesta de una ética de mínimos.

puedan dar gloria a Dios en libertad y hermandad, porque la gloria de Dios es que los hombres y mujeres vivan.

Un segundo asunto lo representan las nuevas expresiones de tribalismo y la necesidad de comunión. En contraste con la globalización neoliberal, en el continente emergen movimientos de reivindicación identitaria liderados por indígenas, comunidades afrodescendientes, las mujeres y sus hermenéuticas de la sospecha, los estudiantes, la juventud en general, los campesinos y tantos otros que gestan lo que podemos identificar como una tribalidad con connotaciones diversas.

Si bien, por una parte, los movimientos mencionados implican la búsqueda de una visibilización históricamente negada, por otra, movimientos como las pandillas, maras, sectas satánicas, bandas criminales, mafias y otros más verifican una tribalización de la experiencia humana con connotaciones difíciles de asimilar por los gobiernos y sociedades (Maffesoli, 1991). Esta realidad remite a dos asuntos teológicos relevantes: los derechos de las minorías y la violencia y el crimen.

Dios se ha revelado desde la pequeñez, desde la fragilidad de un pueblo que no era el más grande entre los pueblos; con un pueblo insignificante ante los dinamismos del poder y territorio de paso con poca relevancia sociopolítica (Brigth, 2003). Dios se hizo hombre en la fragilidad de un niño pobre, en una familia de pobres y en una región de la cual nada bueno podía salir (Bornkamm, 1977). Eso frágil del mundo lo escogió para avergonzar a los fuertes, porque lo que el mundo tiene por necio lo asume Dios para mostrar por dónde va la sensatez en contraste con la expresión del salmo acerca de la insensatez del que pregunta: “¿dónde está Dios?”. La hermosa paradoja de la revelación está en que esta contrasta con las posturas y los dinamismos de los poderosos (1 Cor 1, 27-31).

Así, la tribalización que viven algunas realidades contemporáneas realiza valores de la más auténtica experiencia cristiana cuando los juegos de lenguaje de estos grupos humanos —como sus maneras de hablar, prácticas sociales y visiones

del mundo— señalan la necesidad de reconocimiento y reivindicación. Reconocimiento del valor como hijos de Dios en Cristo Señor, creados creadores, con derecho a pronunciar una palabra con significación propia desde registros de lenguaje propios y una gramática que refleja los dinamismos de lo que en la Palabra eterna del Dios viviente se nos dijo al escoger Dios a quien, siendo de naturaleza humana, no hizo alarde de su categoría de Dios (Fil 2, 6-11).

El año de gracia se anuncia cuando los indígenas, las comunidades afroamericanas, los señalados y proscritos por su orientación sexual, las mujeres segregadas por su género y tantos otros se atreven a pronunciar una palabra, establecer prácticas y desarrollar su visión de la fe y de la realidad. Así, la liberación de los esclavos del sistema dominante y la salvación como la liberación de toda esclavitud se funden y confunden en una unidad de significación⁴.

Reivindicación porque va llegando la hora en que no se podrá volver a pensar que un hombre o una mujer creados a imagen de Dios son menos y se deben segregar o vilipendiar. En este sentido, la profecía se sigue constituyendo en el talante propio del creyente de los pueblos empobrecidos y en el lenguaje profético propio de unos pueblos que no pueden aceptar seguir siendo la trastienda de la humanidad, porque han tomado conciencia de su condición de adultos en Cristo, el Señor.

Un tercer aspecto es el que denomino la barbarie de la tecnociencia y la condición de imagen de Dios. El hombre, como imagen de Dios y creatura creada creadora, tiene la posibilidad de dominar, por la tecnología o las técnicas, las fuerzas y energías de la tierra y el espacio (Francisco, 2015, 26). El desarrollo y la potencialidad de la inteligencia humana, lo que las neurociencias encuentran de capacidad y posibilidades de manejo de lo real, son expresiones de esa condición de ser "a la manera de Dios" sin ser dioses.

No obstante, la manipulación de lo humano, la cosificación del ser y la posibilidad de destruirlo por el poder de las nuevas tecnologías de la biomedicina y la

4 Sobrino (2001) destaca el sentido de las víctimas como lugar de la revelación de Dios (p. 319).

ingeniería genética plantean una seria pregunta por el sentido de esa condición de imagen⁵. Esta puede degenerar en una prepotente idealización de las potencialidades humanas hasta querer descartar a Dios del panorama de lo real, por considerar que solo es una de las tantas creaciones de la fantasía o una proyección de las incapacidades de un total control sobre el cosmos y la naturaleza humana, como se dijo en Aparecida (Consejo Episcopal Latinoamericano, 2007, 45).

A los seres humanos se les llama bárbaros cuando sus pasiones llegan al desenfreno y a la irracionalidad, cuando no se articulan a partir de un referente mayor que las trascienda. La historia de múltiples barbaries y el presente de tanta humillación de millones de seres humanos con hambre permiten decir que los intereses intra y extrateóricos de la ciencia contemporánea se rigen y orientan por la fetichización del poder del capital, de la inversión, de las economías sin frenos, de una mano invisible que crea crisis y les genera mayor empobrecimiento y muerte a las víctimas de esta manera violenta de desarrollar tecnologías y técnicas sin sentido de construcción de lo humano fundamental. Al construir lo humano, se respeta lo divino, porque, desde la encarnación del Hijo eterno de Dios Padre, lo humano se ha divinizado y lo divino se ha expresado y reflejado en la humanidad herida o salvada. La cruz se corporifica en las crucifixiones de la historia y la resurrección en toda preservación de la vida como un don gratuito para respetar y preservar⁶.

Colombia, América Latina y el Caribe reciben tecnologías de punta y la invasiva agresión de una agroindustria que destruye su hábitat, sus recursos hídricos y su fauna y flora, como denunció el papa Francisco en su carta encíclica *Laudato si'* (Francisco, 2015, 50). Las grandes multinacionales que implementan tecnologías nocivas para la explotación minera o la agroindustria se corporifican como la mano destructora sin misericordia que sacrifica en el altar del capital foráneo la vida de indígenas, afroamericanos, mestizos, campesinos y pobladores de

5 La literatura con relación a la bioética, que se ocupa de los asuntos de la vida desde su inicio a su finalización, es abundante (véase Osorio, 2008).

6 Al respecto, es sugestiva la obra de Castillo (2009).

tierras que en otro tiempo fueron los santuarios de sus vidas y la donación de Dios para subsistir (Francisco, 2015, 49).

En el Hijo, por el Espíritu Santo, el Padre realiza la acción creadora de todo lo existente. Una creación que el hombre debe respetar al someterla y hacerla dar lo mejor de sus potencialidades, pero que es viva, que no se puede destruir a partir de intereses preestablecidos; de manera que el día al día le pase su mensaje y la noche a la noche se lo murmure (Sal 118). En la historia, el Hijo hace la acción salvadora de todo lo que puede anular al hombre. En el Espíritu Santo, el Padre y el Hijo santifican la acción humana y la creación para que estas giman, como con dolores de parto, en himno de alabanza y reconocimiento del Dios siempre comunión (Ladaria, 2007); más allá de toda barbarie y fetichismo.

Un cuarto asunto recae en la realización de las diversidades en la unidad a imagen de la Santa Trinidad. El continente y, en particular, Colombia son expresiones de una diversidad peculiar. Una es la realidad de los indígenas del Cauca, otra la de los habitantes de las selvas amazónicas, otra la de los costños del Caribe y del Pacífico; la variedad se ve en todas las áreas del continente. Por una parte, esta pluralidad genera una dificultad de cara a la diversidad cultural y de mentalidades; por otra, crea una posibilidad de unidad desde la diversidad en el coro polifónico de una búsqueda común como colombianos.

Confesamos un Dios comunión que se nos reveló en Jesucristo. Esta comunión, que es Dios, es la que debemos realizar con ambigüedades, porque somos un entramado de pecado y gracia que construye unidad a partir de lo diverso. La vida de Dios que se nos comunica de modo gratuito, por nuestra condición de imágenes, es una fuerza espiritual capaz de provocar, desde lo pequeño, la capacidad de violentar, por la resistencia y potencialidad del Espíritu, los poderes de los ídolos en los que se han constituido el capital y la ganancia.

En virtud de esta realización de la imagen de Dios en la historia, se considera que las diversidades que se expresan en la pluriculturalidad étnica y cultural colombianas tienen su lugar de convergencia en las urgencias liberadoras. Todas

las potencialidades de realización como seres dignos, como creaturas llamadas a ser, no solo a poseer, entran en juego en el hoy para urgir la necesidad de unidad. Los lugares de convergencia para todos son los aires de común-unidad en la lucha por las masas de pobres en nuestros pueblos.

El Reino es el objeto de la predicación de Jesús y este, al igual que su reinado, es de Dios. El Reino tiene sus favoritos⁷. La condición de imágenes de Dios, templos del Santo Espíritu, se realiza en la medida en que, en la historia de luchas y desengaños, recuperamos la siempre cristológica opción por los pobres y excluidos⁸. Ese es el lugar de diálogo, comunión, encuentro entre los cristianos y todos los hombres de buena voluntad que sueñan con un mundo otro, con una Colombia otra, en donde los indígenas se hallen a sí mismos en el amor por la tierra y por su tierra (Asamblea Especial del Sínodo de los Obispos para la región Panamazónica, 2019, 46-48), las comunidades afroamericanas se vean en su talante reivindicativo y su anhelo de libertad, los mestizos se redescubran en el nuevo rostro de su identidad construida desde lo plural y la vida de Dios se siga comunicando como salvación de toda división u opresión.

La necesidad de explicar el universo y la relación con este tuvo una respuesta en las religiones indígenas cultivadas y transmitidas de generación en generación. Esta imaginación fundamental perdura en el realismo mágico del latinoamericano y caribeño, con el cual la realidad se une a la fantasía para darle un contenido más denso o la posibilidad de vivirla sin la fría y dura consideración de una racionalidad sin sentimiento ni amor. La sensibilidad, que nos viene de los primeros habitantes de estas tierras, es un valor que contribuye a la construcción de los modelos alternativos de vida en comunión, los cuales hemos de diseñar en aras del futuro del continente. Este es un servicio fundamental de la gobernanza en la universidad.

7 Sobrino (2001, pp. 93 ss).

8 En su discurso de apertura de la conferencia de Aparecida, el papa Benedicto XVI afirmó que la opción por los pobres pertenece a la esencia de la "fe cristológica" (Consejo Episcopal Latinoamericano, 2007, p. 13).

Un quinto elemento que poco pensamos es el sentido de nuestro mestizaje como don. Al hablar de mestizaje, tenemos que ser conscientes de que este concepto se refiere a una mezcla o mixtura que produjo una nueva expresión humana. El mestizaje conlleva limitaciones; pero también grandes valores. La principal tentación del mestizo es sobrevalorar uno de los componentes de sus raíces y despreciar los otros. En el caso latinoamericano, la gran tentación es adorar al padre europeo y despreciar a la madre originaria de estas tierras o traída por la fuerza como esclava. Esta tentación hace que el mestizo no se sienta portador de una cultura, sino llamado a vivir del modelo paterno que no reconoce la igualdad de la grandeza ni el valor singular de las culturas de sus antepasados (Madera, 2003).

Lo anterior explica por qué los mestizos no transformaron la situación de los indígenas al lograr la independencia respecto al conquistador, sino que se dedicaron a copiar los modelos europeos o a estructurar las nuevas instituciones libres a la manera europea. Los sistemas indígenas de gobierno y relación, de configuración de las poblaciones y de relación intertribal se consideraron bárbaros; así, se ubicó la "civilización" en el modelo del padre (Meléndez, 1992)⁹. El reto del mestizo está en aceptar a la madre violada, en reconocerla en su originalidad y en su grandeza, porque la historia de su infravaloración es la de la dificultad que ha tenido la humanidad para aceptar y reconocer las diferencias. Todos los valores y características que las etnias indígenas y negras aportan al mestizo se unen a los de la racionalidad occidental para crear un tipo de hombre-mujer que, al portar la racionalidad, también carga la simbólica y la rítmica propias de sus raíces indígenas y negras. Por ello, las mujeres y los hombres de América Latina y el Caribe somos espontáneos y alegres, amantes de la vida, la música, la libertad, las emociones intensas, la vida de familia, y respetuosos de los intereses colectivos.

En el fondo, el sentido primordial de la creación, del ser humano en el mundo, es el *locus* desde el cual se entiende el discurso de los teólogos y no la

9 Para las celebraciones del quinto centenario de la llegada de los europeos a Amerindia, la Comisión para el Estudio de la Historia de las Iglesias en América Latina y el Caribe (Cehila) identificó la barbarie de los invasores frente a los originales dueños de estas tierras.

justificación de la racionalidad de este. Lo que significa en la práctica que su justificación se busca porque se le encuentra sentido a lo que está en juego sobre lo humano fundamental, no porque se le ve razón de ser al discurso por el discurso. Para mí, esto es volver a los fundamentos, refundar el discurso teológico desde la racionalidad mestiza como don.

El Espíritu sigue actuando

El Espíritu de Dios, que hace nuevas todas las cosas y ordena a partir del caos (Gen 1, 1 ss), ha estado presente a lo largo de la historia del país haciendo brotar las semillas del que hoy y mañana impulsa e impulsará la construcción de procesos comunitarios de humanidad en los cuales los cristianos, entre ellos los comprometidos con las instituciones de educación superior, están llamados a estar en la vanguardia. El sentir comunitario y sus expresiones podrán inspirar la vida y proyección de las instituciones que se organicen en el presente y el futuro. Ese Espíritu de Dios que estaba allí, sigue allí.

Así, es necesario reconocer esta presencia del Espíritu que forma el alma de su pueblo en la resistencia y la capacidad de lucha, en las rebeliones fracasadas de indígenas y negros de los tiempos de la invasión y la colonia, en las luchas libertarias de los mestizos, en el difícil proceso de construcción de las nuevas nacionalidades y en la dura organización de unos pueblos que han vivido la dependencia, el despotismo, las dictaduras civiles o militares, los regímenes de seguridad nacional y seguridad democrática, el imperio de las mafias, el desorden y la corrupción administrativa, las bandas criminales y los políticos ladrones.

Sin embargo, el Espíritu siempre está allí: en las luchas por la justicia, la libertad y la paz; en quienes, desde la academia universitaria, han dado la vida defendiendo la vida¹⁰, en los importantes aportes del arte, la literatura, la música, el deporte, la investigación científica. También en el corazón de las conquistas de

10 Este es el caso de Ignacio Ellacuría, filósofo y teólogo español naturalizado salvadoreño, rector de la Universidad Centroamericana de San Salvador, quien fue asesinado en 1989 durante la guerra civil, junto con sus compañeros mártires.

hombres y mujeres que van armando el tejido colorido del país sigue la presencia del Espíritu de Dios.

El Espíritu soporta la esperanza de tantos teólogos que continúan la terca ilusión que apasionó a Antón de Montesinos, Bartolomé de las Casas, Hélder Câmara, Leonidas Proaño, Manuel Larraín, Sergio Méndez Arceo y san Óscar Arnulfo Romero desprovistos de poderes y posibilidades de ascensos en las instituciones de la eclesiástica jerarquía, incluso desacreditados, pero nunca vendidos a los poderosos de este mundo, a los ídolos y fetiches de este momento. Como debemos estarlo nosotros, ellos están seguros de que el cielo y la tierra pasarán, pero las palabras de Jesús de Nazaret, el Cristo y Señor, no.

Referencias

- Asamblea Especial del Sínodo de los Obispos para la región Panamazónica. (2019). *Documento final del Sínodo especial para la Amazonía*. <http://www.sinodoamazonico.va/content/sinodoamazonico/es/documentos/documento-final-de-la-asamblea-especial-del-sinodo-de-los-obispo.html>
- Bauman, Z. (2007). *Tiempo líquido. Vivir en una época de incertidumbre*. Tusquets.
- Bornkamm, G. (1977). *Jesús de Nazareth*. Sígueme.
- Brigh, J. (2003). *Historia de Israel* (edición corregida con introducción de William Brown). Desclée De Brouwer.
- Castillo, J. M. (2009). *La humanización de Dios. Ensayo de Cristología*. Trotta.
- Concilio Vaticano II. (1964). *Constitución dogmática sobre la Iglesia. "Lumen gentium"*. http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_1964/121_lumen-gentium_sp.html
- Congregación para la Doctrina de la Fe. (1986). *Instrucción "Libertatis conscientia" sobre libertad cristiana y liberación*. http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/documents/rc_con_cfaith_doc_19860322_freedom-liberation_sp.html
- Congregación para la Educación Católica (de los Institutos de Estudios). (2017). *Educación al humanismo solidario. Para construir una "civilización del amor" cincuenta años después de la "Populorum progressio"*. http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/ccatheduc/documents/rc_con_ccatheduc_doc_20170416_educare-umanesimo-solidale_sp.html

- Consejo Episcopal Latinoamericano. (1968). *Documentos finales de Medellín. II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*. Autor.
- Consejo Episcopal Latinoamericano. (1979). *Documento de Puebla. III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*. Autor.
- Consejo Episcopal Latinoamericano. (2007). *V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. Documento conclusivo*. Autor.
- Cortina, A. (1998). *El mundo de los valores, ética mínima y educación*. El Búho.
- Desclée de Brouwer. (1998). *Biblia de Jerusalén*. Desclée de Brouwer.
- Francisco. (2015). *Carta encíclica Laudato si' del santo padre Francisco sobre el cuidado de la casa común*. http://w2.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_enciclica-laudato-si.html
- Francisco. (2016). *Discurso del santo padre Francisco a los participantes en el Encuentro Mundial de Movimientos Populares*. http://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2016/november/documents/papa-francesco_20161105_movimenti-popolari.html
- González Ruiz, J. (1983). *El poder popular, tentación de Jesús*. Hogar del Libro.
- Gutiérrez, G. (2014). *Teología de la liberación. Perspectivas. Con una nueva introducción "Mirar lejos"*. Centro de Estudios y Publicaciones.
- Juan Pablo II. (1990). *Constitución apostólica "Ex corde ecclesiae" del sumo pontífice Juan Pablo II sobre las universidades católicas*. http://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_constitutions/documents/hf_jp-ii_apc_15081990_ex-corde-ecclesiae.html
- Ladaria, L. F. (2007). *La Trinidad, misterio de comunión*. Secretariado Trinitario.
- Madera Vargas, I. (2003). *Hacia una teología mestiza*. Comunicación en la Conferencia sobre Cristianismo en América Latina, São Paulo, Brasil.
- Madera Vargas, I. (2005). *Ética cristiana y globalización. Alcances y límites*. Ponencia presentada en el Congreso Latinoamericano de Teología Moral, São Paulo, Brasil.
- Madera Vargas, I. (2010). *Nuevos mesianismos en América Latina*. Ponencia presentada en el congreso Nuevos Mesianismos en América Latina, Lima, Perú.
- Mafessoli, M. (1991). *Le temps des tribus*. Les Éditions de Poche.
- Meléndez, G. (ed.). (1992). *Sentido histórico del V centenario*. Cehila-DEI.
- Miranda, J. P. (1973). *El ser y el Mesías*. Sígueme.

- Osorio, S. N. (2008). *Bioética y pensamiento complejo*. Universidad Militar Nueva Granada.
- Pontificio Consejo "Justicia y Paz". (2004). *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*. http://www.vatican.va/roman_curia/pontifical_councils/justpeace/documents/rc_pc_justpeace_doc_20060526_compendio-dott-soc_sp.html
- Sobrino, J. (2001). *Jesucristo liberador. Lectura histórico-teológica de Jesús de Nazaret*. Trotta.
- Stiglitz, J. (2012). *El precio de la desigualdad*. Taurus.